

CUARTA PARTE

LA PERFECCION CRISTIANA

CAPITULO I

Vida común y vida perfecta

Hasta aquí sólo hemos pedido a San Basilio las enseñanzas sobre las obligaciones comunes del cristiano. Pero el obispo de Cesarea, además de haber sido él mismo un asceta, fue el apóstol y legislador del ascetismo en Oriente. Sus doctrinas ascéticas forman el lógico remate del edificio moral cuyos materiales hemos encontrado en él. Por esto, después de haber visto cómo comprende los preceptos del Evangelio impuestos a todos, nos queda preguntarle por el ideal superior que propone a la generosidad de algunos. La contemplación de las alturas no puede por menos de ser saludable hasta para aquellos que no son llamados a escalarlas.

I. Los dos senderos

En su discurso, probablemente académico, «Del renunciamiento del mundo y de la perfección espiritual», Basilio se pone ante un auditorio de mundanos para hacerles oír un vehemente llamamiento a la vida monástica.

“Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré”. Así dice la divina palabra, y el alivio en cuestión puede entenderse allá arriba o aquí abajo. De todas maneras nos exhorta, por una parte, a abandonar el peso de riquezas excesivas distribuyéndolas a los pobres; por otra parte, a desembarazarnos con las buenas acciones de los múltiples pecados; y estos dos caminos son los que conducen a la vida de ascetismo de los monjes. El que acepta obedecer a Cristo para llevar una vida pobre y tranquila es el que verdaderamente es digno de admiración y el dichoso.

Puede tratarse de una determinación llena de consecuencias, en vista de la cual es preciso reflexionar.

Pero os ruego que nadie tome esto a la ligera como si se tratara de adoptar una existencia llena de reposo y de salvarse sin combatir. Por el contrario, para probarse cada uno debe ejercitarse en soportar los sufrimientos del cuerpo y el alma. Si no, al lanzarse a imprevistas luchas se expondría a que se le presentasen pruebas insuperables y a retroceder entre las burlas y las risas. Retorno al siglo que sería para su alma un motivo de condenación y para muchos un motivo de escándalo, mostrando ante todos como imposible la vida según Cristo.

El orador en este punto explica los dos senderos abiertos al cristianismo.

Por esto el buen Dios, fuente de nuestra salud, ofrece a los hombres un doble género de vida, a saber: el matrimonio y la virginidad. De esta suerte, el que no sea capaz de sostener el combate de la virginidad puede tomar una esposa, seguro de que sólo se le pedirán cuentas de su continencia, de su semejanza con los que se santifican en el matrimonio y en la educación de sus hijos.

Tal sucedió en el Antiguo Testamento con Abraham, que por obedecer a Dios encontraba placer en sacrificar sin titubeos a su hijo único y tenía abiertas las puertas de su tienda siempre preparada para recibir al extraño.

No se le dijo: “Vende cuanto tienes y dáselo a los pobres”. Job y otros, como David y Samuel, han hecho lo mismo y más aún.

Así obraron en el Nuevo Testamento Pedro y los demás Apóstoles. Los frutos del amor a Dios y al prójimo serán pedidos a cada hombre y cada uno será castigado por haber violado éstos y otros mandatos. Así lo declara formalmente el Señor. ¿Crees que el Evangelio no está hecho también para las personas casadas?

Es, pues, evidente que todos los hombres, monjes o casados, deberán rendir cuenta de su obediencia a los Evangelios. Al que ha contraído matrimonio le bastará lograr el perdón de su incontinencia de su amor por una mujer y de su contacto con ella. Los otros preceptos, que son igualmente para todos, no pueden violarse sin grave daño. En efecto, cuando Cristo anunciaba el mandato de su padre, hablaba a los que viven en el mundo. Si llegara a ser interrogado aparte para responder a sus discípulos, declara sus intenciones con estas palabras: “Lo que a vosotros os digo, a todos lo digo”. No te dejes, pues, sorprender tú que has tomado esposa como si fuera lícito abrazar una vida mundana. Tú necesitas un esfuerzo especial y una estrecha vigilancia para obtener tu salud. Has elegido domicilio en medio del imperio del poderío infernal; tienes ante los ojos todas las seducciones del pecado y tus sentidos se excitan noche y día a la concupiscencia. Mira que no excitarás la lucha con el gran enemigo y que no triunfarás sin producirte mucho mal... Si retrocedes ante el combate pasa al otro mundo en que no existe; entonces será permitido el que no combates y vivirás como un discípulo rezagado del Evangelio.

Se ve que para nuestro moralista vida común es sinónimo de vida fácil. Sin embargo, después de esta digresión para el uso de las gentes de mundo, se dirige a los que quieren abandonarle.

II. La ruta de los perfectos

Ante todo les recomienda un santo ardor para seguir los llamamientos de su vocación.

Todo el que le apasione el celeste ideal de una vida angélica y que desee convertirse en compañero de armas de los santos discípulos de Cristo, revístase de fuerzas para soportar las pruebas y entre valientemente en la sociedad de los monjes. Desde el principio sé un hombre que no te dejes retener por los afectos de los

parientes y tengas la fuerza de cambiar los bienes terrenales por los que no mueren. Cuando abandones todo lo que te pertenece, permanece firme, convencido de que son reservas que te aseguras en el Cielo; después de haber vendido tus riquezas para los pobres, las encontrarás después al lado de Dios considerablemente aumentadas. Por perder los amigos o compañeros no debes entregarte a la tristeza, pues que te aproximas a Cristo crucificado por nosotros. ¿Puede concebirse nada más amable?

Después es necesario escogerse un buen director.

Al renunciar a las cosas de la tierra has crecido a los ojos de Dios. Pero cuida de coger a un hombre que sea la guía segura de tu vida, habituado a conducir las almas destinadas a Dios, lleno de virtudes y cuyas obras atestigüen su amor por Dios.

Este es el segundo combate contra el adversario de nuestra salud. Porque los buenos maestros dan buenas lecciones y las de los malos son absolutamente malas. Cuando nuestro funesto enemigo no ha podido persuadirnos para que continuemos en el funesto tumulto del mundo, se esfuerza en inducirnos que no sigamos una vida severa, a que no nos confiemos a un hombre que nos ponga ante los ojos todos nuestros pecados y la corrección de ellos, sino que, por el contrario, nos lleva a uno de esos vanidosos que busca en su indulgencia o en su disciplina un medio de ocultar sus propios defectos. De este modo, conducidos sin saberlo ante miles de pecados, nos tendrá nuestro enemigo cogido en las cadenas de nuestros propios yerros. Si te confías en un hombre virtuoso, acabarás heredando sus bienes para ser feliz delante de los hombres y ante Dios. Si por abandono buscas un maestro que sea condescendiente con tus pasiones, o mejor dicho, que se hunda a la par tuya, habrás sostenido en vano el combate del renunciamiento, porque continúas esclavo de tus pasiones, porque has escogido un guía ciego que te ha de conducir al borde del precipicio.

Estos consejos se refieren a un período en que los méritos de la institución monástica están aún frente al valor personal de sus representantes. El mismo punto de vista domina las direcciones que Basilio indica al monje joven durante el período de su noviciado.

Si por la gracia de Dios has encontrado —y siempre lo encontrarás si lo buscas bien— un maestro lleno de buenas obras, ponte por norma no hacer nada en contrario a su consejo. Todo lo que hagas sin él será una especie de robo o de sacrilegio, que a pesar de sus apariencias, quizás buenas, da la muerte en vez de reportar algún provecho. No quieras corromper las buenas costumbres; equivaldría a equivocar por tu flojedad a los que combaten bien, a la par que te cargabas de un montón de pecados. No hay que buscar dulzura de lecho ni comodidad de vestidos, zapatos o cosa parecida, ni variedad de platos o abundancia de una mesa en que no se apreciara el renunciamiento. Todo esto, sea espontáneo o impuesto, no puede traer buenos resultados.

Impón en tu corazón que eres el más infame y culpable de los hombres, un extraño y vagabundo recogido por misericordia entre los que han ayudado a tu renuncia. Disponte en consecuencia a ser el último servidor de todos. Ten tus oídos abiertos para oír y tus manos prestas para ejecutar. Sean tus labios silenciosos y circunspecto tu corazón. Permanece ocioso ante palabras ociosas; pero activo para las lecciones saludables de las santas Escrituras. Tengan gusto de amargura las historias mundanas y sabor de miel las palabras de los santos. Aplícate a imitar a los que te han precedido en la senda del ascetismo y no temas ser instruido en los menores detalles. Trabaja para elevarte a las más grandes virtudes sin apartarte de las más pequeñas. No descuides defecto alguno aunque no tenga que producir el menor escándalo. Por el contrario, corrígelo con la penitencia aunque muchos se dejen llevar por ellos sin manifestar arrepentimiento alguno.

No es preciso ser monje o novicio para apreciar lo bueno de estas observaciones y la sabiduría de estos consejos.

III. El ideal del monje

Basilio adentra a su neófito por el camino religioso y le exhorta primeramente al amor a la soledad.

Huye de la frivolidad del mundo para mostrarte a Dios lo más posible. Evita en cuanto dependa de ti toda salida, que sólo servi-

ría a dispersar tu sentimiento. Pues en cuanto te apartes de tu celda perderás la continencia. Al dirigir los ojos al mundo encuentras una cortesana que gusta de encantar tus oídos con palabras halagüeñas, tus ojos con la belleza de sus vestiduras, tu paladar con manjares delicados, y como si te engancharas en un anzuelo te arrastrará en seguida. Bajo sus abrazos y sus caricias sentirás debilitarse tu firme propósito de continencia de manera que poco a poco te apartará de la vida virtuosa para llevarte a la corrupción junto a ella. Si por la gracia de Dios puedes separarte de ella, entrarás en tu celda, pero no serás el mismo. Agotado como un enfermo, no podrás sufrir obra alguna de virtud y necesitarás mucho tiempo para volver a tu estado. Pues tu espíritu estará entre los dos senderos y sólo al precio de mucho sacrificio podrás conceder a tu alma la victoria.

Si cualquier necesidad urgente te obliga a salir de tu celda, cúbrete como con coraza con el temor de Dios, toma en tus manos la caridad de Cristo y combate con extrema continencia los azares del placer. Y una vez terminado tu asunto vuelve en seguida sin tardanza, hazte de rápidas alas para el regreso y, como una inocente paloma, dirige tu vista al nido de que partiste, íntimamente convencido de que sólo allí encontrarás el reposo saludable.

Dentro mismo del claustro el monje debe cuidar sus relaciones, so pena de peores males.

Mientras seas joven de corazón o de alma evita la relación con tus compañeros de edad y huye de ellos como del fuego. En muchos de ellos el enemigo ha encendido llamas culpables que les han conducido al Infierno, y con el pretexto del afecto espiritual los ha lanzado al abismo terrible que engulló las cinco ciudades (1). Frecuente, por el contrario, a los ancianos que por sus sentencias exhortan a los jóvenes y no hieren nunca las almas con las facciones contraídas de sus rostros.

También los pone en guardia contra la sensualidad.

Cuida de que el enemigo no te seduzca por el pecado del primer padre. El que privó a Adán de la vida, y tentó al mismo Jesús, no temerá con más razón empujarte a esta primera causa de

nuestros males que él tiene como eficaz veneno. El pecado de la gula no se ejerce de ordinario por la cantidad de los alimentos, sino por el deseo. Si puede, pues, someterte al vicio sensual por el gusto de cortas satisfacciones, en la muerte se apoderará de ti. He visto a muchos que, esclavos primero de la pasión, han vuelto a la santidad; pero ninguno de ellos es de los que están entregados a la gula. Estos, o bien se apartan de la vida continente para perderse en el mundo, o bien se mezclan entre los continentes y se convierten en instrumento del demonio. Por disimular su vicio caen en un montón de pecados.

Sobre esta base debe establecerse una vida general de mortificación.

No prestes oído a los charlatanes, y no pongas tu atención en estos entretenimientos que nada tienen de ascéticos. Escucha los buenos consejos, y que sus meditaciones llenen tu corazón. Apártate de los discursos profanos para no cubrir tu alma con estos montones de suciedad... No seas curioso... Si eres interrogado responde con voz decente y modesta; de lo contrario, calla. Cuando te sientes no pongas una pierna sobre otra, porque es indicio de un alma distraída e inatenta. Si hablas con un inferior o éste te pregunta una cosa, no respondas con indolencia; sería un menosprecio para tu hermano y una injuria hecha a Dios. Precedan al resto de tu discurso palabras exhortativas para que muestren tu caridad con el prójimo... Alégrate ante una buena acción de los otros, y glorifica a Dios: sus buenas obras son tuyas como las tuyas de él... En la mesa no esté tu mano izquierda desordenada, y no sustituya a la derecha.

Todo esto no es más que para preparar y favorecer esta unión con Dios, de quien la plegaria es el símbolo y el agente.

Abrase tu boca para el rezo cada vez que seas llamado a rezar. Permanece en el ejercicio canónico hasta la última palabra, y considera como un gran daño el apartarte. Cuando tomas alimento para sustentar tu carne difícilmente te levantas de la mesa sin haber satisfecho tu apetito, y sólo dejarías de hacerlo bajo el peso de una gran necesidad. Con mayor razón debes ser fiel a la ali-

mentación del espíritu y fortificar tu alma por el rezo. Por lo tanto, somete a las horas de rezo tus necesidades corporales y está presto a no dar atención a cualquier cosa que de ello te apartara. Los demonios tienen costumbre en las horas de plegaria de distraernos la atención con toda clase de pretextos a fin de apartarnos de la oración. No digas nunca por burla: ¡oh, mi cabeza!, ¡oh, mi vientre! Oscuros testigos de dolores falsos por los que el reposo se aparta de la energía de las vigiliass. Observa una conducta perfecta para que tengas riquezas en reserva el día que las necesites.

Después de la plegaria Basilio recomienda el exacto cumplimiento de los deberes del estado. Al verdadero asceta se le impone la necesidad del fervor.

Hazte émulo de los que se conducen bien y graba sus acciones en tu corazón. El bien es raro, y por eso sólo en pequeño número se entra en el reino de los cielos. No creas que tienen la salud asegurada todos los que viven en celda, sean buenos o malos. No es así. Muchos son los que profesan una vida santa, pero pocos los que llegan a conseguirla.

Lo mismo se dice, pero con más vigor, en el prólogo de las Grandes Reglas.

¿Hasta cuándo esperaremos para obedecer a Cristo, que nos llama a su reino? ¿No vamos a cambiar de vida? ¿No vamos a pasar de nuestra conducta habitual a la evangélica?... Ciertamente pretendemos desear el reino de los cielos, pero no hacemos caso de los medios que nos permitirían conseguirlo. Al contrario, no tomamos cuidado alguno para seguir la ley de Cristo, y con la vanidad de nuestro espíritu creemos obtener la misma recompensa que los que han combatido el pecado hasta la muerte. ¿Quién es el que, pasando dormido en su casa en tiempo de la sementera, llena sus graneros al llegar la siega? ¿Quién ha vendido en una viña no plantada ni trabajada? Los frutos son de los que han pasado las penas; las recompensas y las coronas son dadas a los vencedores. ¿Quién coronaría a uno que no hubiera combatido contra enemigo alguno?

Respecto a nosotros, si creemos haber cumplido un solo mandato... lejos de contar con la cólera debida a nuestras faltas, esperamos una recompensa por lo que hemos hecho de bien. Aquel que de diez talentos que le fueron confiados retiene uno o dos y paga los demás, no es llamado honrado por haber pagado parte de su deuda, sino, por el contrario, se le llama injusto y avaro por la mayor parte que perdió. El que ha recibido un talento, aunque restituya intacta la suma recibida, es condenado por no haber añadido nada al capital (2).

Es decir, que el esfuerzo espiritual es aquí la ley de todos. La vida común no la dispensa, y la vida perfecta no es verdaderamente digna de este nombre sino porque la impone por otro motivo.

NOTAS

(1) Alusión a la destrucción de Sodoma y Gomorra.

(2) *Grandes Reglas*, pról., 1-2. -P. G., t. XXXI; col. 892-893.

CAPITULO II

Principales virtudes religiosas

I. La ley del amor.

Nada se parece tanto a las constituciones religiosas como las Reglas que se han conservado con el nombre de San Basilio. Es una serie de explicaciones más o menos desarrolladas sobre diversos puntos de exégesis de vida espiritual y de observancias monásticas. Los historiadores estudian preferentemente estas últimas. Pero para el moralista las últimas ofrecen mayor interés, sobre todo a medida que exponen doctrinas de orden más general. Pero la mayoría, aunque coloreadas de un tinte escéptico, expresan verdades aplicables a todos los cristianos. Así sucede en estos primeros capítulos de las Grandes Reglas, en donde el autor pone como fundamento de la perfección el doble amor a Dios y al prójimo (1).

II. La caridad hacia Dios: Su naturaleza

«Habladnos del amor hacia Dios —pedían a Basilio sus monjes—. Hemos aprendido que es preciso amarle, pero quisiéramos saber cómo puede eso lograrse». A lo que nuestro moralista responde que nuestro amor es en nosotros innato aunque la fe lo eleva a incommensurable altura.

El amor de Dios se aprende sin maestro. No se nos ha enseñado a huir del fuego, o a desear la vida, ni a amar a nuestros padres, o a los que amamos. Así con más razón todavía el amor de Dios no nos entra por lección venida de fuera. Desde nuestro origen, una semilla de razón ha sido puesta en nosotros, y ésta contiene la actitud y la propensión a amar. La enseñanza de los preceptos divinos sobreviene en seguida para cultivar con cuidado esta facultad, darle una alimentación metódica, y por la gracia de Dios conducirla a la perfección. Por esto acogemos vuestro deseo como conforme al fin, y sostenido por la ayuda de vuestras plegarias nos esforzaremos con arreglo a los recursos que por el Espíritu Santo nos son dados por revivir la chispa de amor divino que hay en vosotros.

Es preciso saber que esta virtud es una, sin duda, pero que contiene en potencia la observación de todos los preceptos... Pues para cada uno de los preceptos que nos fueron dados por Dios, hemos recibido el poder para cumplirlos. No tenemos, pues, que indignarnos como si se nos impusiera cualquier cosa indigna, ni sublevarnos como si hiciésemos algo más de lo que nos es dado hacer. Cuando usamos como es debido de estas facultades, llevamos una vida según la virtud y la piedad; cuando las empleamos mal caemos en el pecado. El pecado consiste precisamente en hacer un uso perverso e ilícito de las potencias que Dios nos ha dado para el bien. Al contrario, la virtud que Dios desea consiste en servirse con conciencia buena del precepto divino. Como sucede con la caridad.

Puesto que hemos recibido el mandato de amar a Dios, es que tenemos este amor como potencia innata desde nuestra primera organización. Inútil recurrir una demostración externa; cada uno puede verlo en él mismo y por él mismo. Todos queremos el bien aunque cada uno lo conciba de manera distinta. Igualmente tenemos sin haberlo aprendido una inclinación para lo que nos es próximo y parecido. Espontáneamente deseamos la felicidad del que nos beneficia. ¿Pero qué hay más admirable que la belleza divina? ¿Que pensamiento es más dulce que el de la magnificencia de Dios? ¿Qué deseo es tan fuerte y violento que el que Dios engendra en un alma pura de todo pecado y que exclama con sentimiento hondo: “Estoy herido de amor”? (*Cant.*, II, 5).

En las más altas regiones espirituales como en los humildes senderos de la moral, el propósito de Basilio es siempre unir lo que a otros les parece ser tan contrario: el misterio y la filosofía, la sutilidad del análisis y la ingenuidad de la intuición.

III. La caridad hacia Dios: Su razón de ser

Después de esta vista general nuestro moralista se aplica a hacer resaltar los principales motivos del amor divino.

Inefable y absolutamente indefinible es el resplandor de la belleza divina; no puede decirse por palabras, ni el oído comprenderlas. En vano se evocarían los esplendores de la aurora, la claridad de la luna y los rayos del sol. Todo ello no es nada en comparación de su gloria y comparadas con la verdadera luz estas luces terrenas están tan lejos como lo está la oscuridad profunda de una noche sin luna de pleno mediodía. Esta belleza no puede percibirse por los ojos de la carne; solamente el alma puede percibirla. Cuando es revelada a algún santo le deja el aguijón de un intolerable deseo. Apasionados por la otra vida han gritado: “¡Ay de mí! ¡Cuánto durará mi destierro!” Y además: “¿Cuándo llegará que yo comparezca ante la presencia de Dios?” O bien: “Morir y estar con Cristo será para mí lo mejor”. Y también: “Mi alma tiene sed de Dios. Deja partir a tu siervo, Señor”. Esta vida les pesaba como una prisión, y sus anhelos eran irresistibles una vez que el amor divino había tocado sus corazones.

Sublimes experiencias reservadas a un corto número donde nuestro místico psicólogo saca la aplicación privilegiada de una ley común.

Así, pues, el hombre desea naturalmente el bien. Pero el ser bueno es esencialmente amable y bello. Dios es bueno. Y si todas las cosas tienden hacia lo que es bueno, todas tienden, por lo tanto, hacia Dios. Todo movimiento espontáneo forma parte de nuestra naturaleza, a menos que la malicia no venga a pervertir nuestro corazón. El amor de Dios que se nos exige es, pues, una deuda rigurosa; sustraernos a ella es para el alma el más insoporrible de todos los males. En efecto, el alejamiento y aversión de

Dios es para el que padece este mal más intolerable y más grave que los mayores suplicios, como para el ojo la privación de la luz, que suele además ser acompañada de dolor, y para el animal, de la privación de la vida. Si existe un afecto natural de los pequeños para sus padres, como atestigua la actitud misma de los animales, y el cariño de los hombres por su madre en la primera edad, no nos mostremos menos razonables que los niños y más salvajes que los animales, permaneciendo sin amor a nuestro Creador. Aunque su bondad no nos hiciera conocer su naturaleza, debiéramos, sólo por ser obra suya, amarlo con un inmenso amor, y tenerlo siempre en la memoria.

Sus beneficios son un segundo título para nuestro amor.

En primera línea de los seres que amamos, se ponen, desde luego, a nuestros bienhechores. Y esto no es sólo propio de los hombres; casi todos los animales sienten inclinación por los que les han hecho algún bien... Y ¿qué discurso podrá enumerar los dones de Dios? Su multitud es tal, que desafía el cálculo, y su grandiosidad de tal suerte, que uno solo nos bastaría para justificar todas las acciones de gracia.

Dejemos a un lado las revoluciones del sol, las fases de la luna, las variaciones de temperatura y el paso de las estaciones... todo lo que está dispuesto para el servicio de nuestra vida. Pero aunque quisiéramos no podríamos omitir —aunque sea imposible hablar de ello dignamente— que ha creado al hombre a su imagen y semejanza, que le ha honrado con el conocimiento de sí mismo y le ha dado la razón entre todos los animales, que le dio a gozar las delicias inefables del Paraíso y lo ha constituido jefe de todos los seres de la tierra. Cuando, aconsejado por la serpiente, cae en el pecado y por el pecado en la muerte y en las penas correspondientes, Dios no lo abandona... Su bondad no nos ha dejado y el inconsciente menosprecio que hacemos de sus beneficios no ha ahogado su amor: hemos sido apartados de la muerte y vueltos a la vida por Jesucristo Nuestro Señor... Nos ha dado la dignidad divina y preparado un eterno reposo cuyas delicias sobrepasan toda concepción humana.

¿Qué daremos al Señor por todos los bienes con los que nos ha colmado? Pero es hasta tal punto bueno, que no pide otra retribución que la de ser amado por sus beneficiados.

El amor para que sea sincero debe traducirse en obras. Por esto Basilio aconseja a sus monjes «el deseo ardiente, insaciable, firme e inmutable de agradar a Dios» (2).

III. La caridad hacia el prójimo

Pero el amor de Dios trae consigo el amor del prójimo. «Siempre decimos que la ley (positiva) trabaja y nutre las potencias que tenemos en germen. Puesto que nos es mandado amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, veamos si también hemos recibido de Dios la facultad de cumplir este mandamiento». El instinto social nos da la contestación.

¿Quién no sabe que el hombre es un animal dulce y sociable, no salvaje y solitario? Nada hay tan arraigado en nuestra naturaleza como el asociarnos para solucionar nuestras respectivas necesidades y amar a nuestros semejantes. De esta semilla que ha puesto primeramente en nosotros el Señor, lógicamente nos pide en seguida el fruto cuando nos dice: “Un nuevo mandamiento os doy, y es que os améis los unos a los otros”. Para excitar nuestro corazón a cumplir este mandato ha dado como señal característica a sus discípulos, no signos o milagros inéditos, sino el amor mutuo. ¿Qué dice? “Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos si os tenéis un tal amor unos a otros”. De esta manera nos dice que el cariño que se demuestra a nuestro prójimo se le demuestra a él mismo.

Por esto es posible cumplir este segundo mandamiento por medio del primero y volver al primero por medio del segundo. Cualquiera que ame a Dios, lógicamente ama también al prójimo. Recíprocamente cualquiera que ame al prójimo cumple el precepto de amar a Dios, pues de Dios recibe él mismo esta gracia. Así Moisés demostró gran caridad con respecto a sus hermanos al pedir que su nombre se borrara del divino libro donde estaba escrito si el pueblo no recibía el perdón de su pecado. Igualmente Pedro osó apetecer ser anatematizado por Cristo por sus relaciones con la carne. Al ejemplo del Señor hubiera querido ser la razón de salud de todos, y sabía al mismo tiempo que era imposible separarse de Dios cuando por amor de él se renuncia a su gracia para observar el más grande de los mandatos.

Nuestra caridad debe extenderse a nuestros enemigos.

Desde el momento que el hombre se compone de cuerpo y de alma, amaremos a nuestros enemigos por el hecho de tener alma, reprendiéndolos y dándoles advertencias de manera que por todos los medios se procure su conversión, considerando el cuerpo, prestándoles ayuda cuando la necesiten en cualquier cosa de la vida. Pero todos saben que la caridad consiste, sobre todo, en un efecto del corazón. Que es posible, el Señor lo demuestra y enseña cuando aceptó obedecer hasta la muerte a fin de poder probar el amor de su padre y el suyo, no para los amigos, sino para los enemigos. Por lo demás, el Señor, bueno y justo, no habría impuesto este precepto si no nos hubiera dado los medios como parte integrante de nuestra naturaleza. En efecto, hasta las mismas bestias aman a aquel que les ha hecho un beneficio. ¿Pero nos proporcionan los amigos tantos beneficios como los enemigos cuando nos prestan ocasión de alcanzar la beatitud del Señor?

Pero las condiciones bien conocidas de la vida en comunidad llevan a nuestro moralista a insistir sobre la caridad mutua. Debíó ser difícil, porque la regla da ciertos arbitrios para aplacar los conflictos más graves. Preocupado como convenía de la enmienda de sus monjes, nuestro moralista recomienda mucho esta forma suprema de caridad que se llama fraternal. Naturalmente, los superiores son llamados a velar por sus subordinados; pero Basilio quiere que los mismos superiores sean reprendidos en caso de necesidad.

Como el superior debe ser en todo el guía de sus hermanos, si comete algún yerro deben los otros advertirle. Para no turbar el orden conviene dejar este cometido para los que están más avanzados en edad y en experiencia. Puesto que hay lugar a la corrección, cuidaremos de nuestro hermano, y por nosotros mismos lo enderezaremos al camino recto cuya rectitud debe corregir nuestras faltas.

Si, por el contrario, era cosa falsa, todo el mundo se asegurará de ello al ver desvanecerse los reproches tan fácilmente concedidos.

Dejando aparte las observaciones monásticas, ¿quién no ve que este doble amor a Dios y al prójimo es también la ley que se nos impone a todos?

NOTAS

- (1) *Grandes Reglas*, 2 y 3. –P. G., t. XXXI; col. 907 y 918.
- (2) *Pequeñas Reglas*, 157; *ibid.*, col. 1.185.

CAPITULO III

Principales virtudes religiosas

II. LA LEY DE RENUNCIAMIENTO.

Aunque, como dice el Apóstol, la caridad constituye «la plenitud de la ley», se esparce en virtudes de orden muy distinto. Para pertenecer por completo a su objeto sobrenatural, ¿cómo el alma religiosa experimenta primero el deseo de apartarse de lo demás? La vida del monje debe de ser una profesión especial de renunciamiento.

I. Principio del ascetismo cristiano

Este desorden que Pascal señalaba con el nombre de «diversión» se llama en lenguaje ascético espíritu del mundo (1).

Es preciso saber que ni por mandato ni por amor a Dios o al prójimo no podremos llevarlo a cabo si nuestro espíritu se dispersa aquí y allí.

En efecto, es imposible aprender bien un arte o una ciencia si se pasa de una cosa a otra. Por esto, el mandato que nos obliga a rezar a Dios, según el Evangelio de Cristo, consiste en alejarse del mundo, y apartar toda distracción del espíritu. Así, aunque el matrimonio es permitido y digno de bendición para el Apóstol,

los trabajos y preocupaciones que el matrimonio impone y las ocupaciones del servicio de Dios son cosas incompatibles. El Señor asegura el recogimiento de sus discípulos, diciéndoles: “No sois de este mundo”. Inversamente declaraba que el mundo es incapaz de conocer bien a Dios y recibir al Espíritu Santo. Aquel que verdaderamente quiera seguir a Dios, debe romper los lazos de afecto que le unen a la vida; lo que se consigue por el retraimiento completo. Si no nos hacemos extraños a la carne y a las relaciones sociales a fin de emigrar, por decirlo así, hacia un mundo nuevo... nos es imposible conseguir el fin de llegar a Dios.

El retraimiento es el medio clásico de favorecer el recogimiento. Los frutos de éste eran elogiados ya por Basilio con su amigo Gregorio.

Un alma que no tiene entretenimientos exteriores y que no se distrae ni se dispersa en el mundo por medio de los sentidos, se vuelve sobre sí misma y por sí misma eleva su pensamiento a Dios. Alumbrado con este resplandor obliga a su propia naturaleza y no conoce más las inquietudes por la comida o del vestido. Separado de todos los cuidados terrenales, lleva todo su ardor a la busca de los bienes eternos; se interesa en saber cómo podrá practicar la templanza y la fortaleza, la justicia y las demás virtudes (2).

Esta experiencia personal no ha dejado de pasar a la Regla.

Para evitar la disipación del alma la vida apartada es muy útil. En efecto, vivir entre medio de los que descuidan sin temor la estricta observancia de los preceptos no puede por menos de ser funesta. Así, pues, para no recibir por los ojos y por los oídos excitaciones al pecado que nos daría el hábito de no guardar las formas y las imágenes de las cosas vistas u oídas que serían nuestra perdición, para poder entregarnos a la plegaria es preciso ante todo escoger un lugar solitario. Por este procedimiento nos será dado corregir la conducta que nos tenía alejados de los preceptos de Cristo, así como afrontar las tentaciones del pecado con una plegaria ardiente y las meditaciones continuas de la voluntad divina. Plegaria y meditación que nos son imposibles en medio de la distracción y de los negocios.

Renunciar uno mismo es olvidar completamente el pasado y abdicar la voluntad propia; cosa difícil, por no decir superior a nuestras fuerzas, de practicar en la vida común. Y también la vida del mundo es un obstáculo cuando se trata de coger la cruz para seguir a Cristo. Pero estar presto a sufrir la muerte por Cristo, mortificar sus miembros sobre la tierra, ser insensible a la vida presente, todo esto se llama llevar la cruz. Todos pueden ver los grandes obstáculos que nos vienen de los hábitos ordinarios. Viendo la multitud de los pecadores, el alma no debe creer amorar sus propios pecados. Por el contrario, al compararse con almas peores, se crea una cierta apariencia de virtud. Pues distraída con las turbaciones del precioso recuerdo de Dios, no solamente tiene la desgracia de no encontrar en Dios su felicidad y su delicia y no poder gustar de su palabra, sino que se habitúa a olvidar y menospreciar sus juicios.

Basilio no quiere, sin embargo, la soledad absoluta; uno de los puntos más fecundos y duraderos de su reforma fue precisamente sustituir la vida eremítica por las agrupaciones o Comunidades.

II. Formas esenciales del ascetismo cristiano

Este principio general se detalla en aplicaciones diferentes, de las cuales la primera es renunciar al pecado y a las causas del pecado.

Renunciemos, ante todo, al demonio y a los pecados de la carne si es que sabemos defendernos de las vergüenzas secretas de las relaciones carnales, de los afectos humanos, de todo lo que está en oposición con el evangelio íntegro de la salud. A cosa más necesaria todavía renuncia el que despoja al anciano con sus obras y la corrupción de sus deseos, que rompe todas las ataduras mundanas de las que puede salir un obstáculo para la piedad. El renunciamiento es perfecto cuando, indiferente a la misma vida, se considera uno como condenado a muerte y apartado por ello de todo y de sí mismo. Pero se empieza por el abandono de las cosas exteriores.

El reino de los Cielos es comparado a una perla preciosa. Nos es imposible adquirirla como no demos en cambio todo lo que poseemos. Cuando el espíritu es atraído por diversas necesidades, no podrá atender al objeto de sus deseos.

El reino de los Cielos es comparado a una perla preciosa. Nos es imposible adquirirla como no demos en cambio todo lo que poseemos. Cuando el espíritu es atraído por diversas necesidades, no podrá atender al objeto de sus deseos.

Si guardamos, pues, para nosotros bienes terrestres o posesiones perecederas, nuestro espíritu se hunde como en una especie de caverna, y el alma se hace incapaz de comprender a Dios, o de vibrar con el deseo de los cielos y de los bienes que nos están prometidos; cosas todas que no podemos obtener si un deseo ardiente y perpetuo no nos impulsa a pedir las y no reclama para nosotros las fatigas que requieren.

Así, pues, la renuncia consiste en romper los lazos de esta vida terrestre y fugitiva, en apartarnos de los asuntos humanos; es lo que nos hace más dispuestos para emprender la ruta que conduce hacia Dios... Para decirlo de una vez, es la transposición del corazón humano a una manera celestial de vivir, y, lo que es mejor todavía, es el principio de esa semejanza que con Cristo debemos tener, sin la cual no podemos seguir una vida conforme a Evangelio.

¿Cómo, en efecto, adquirir la contrición o la humildad, cómo liberarse de la cólera, de la tristeza, de la preocupación, la fuente de las malas pasiones, si se guarda con la riqueza el afecto a las cosas mundanas? En una palabra, el que sólo debe inquietarse por lo necesario, como de comer y vestir, ¿por qué razón podría dejarse coger como entre espinas por la riqueza que impide fructificar la semilla sembrada en nosotros por el cultivador de nuestras almas?

Basilio, con un gran sentido de la realidad, no quiere que el renunciamiento sea una ocasión de loca prodigalidad.

“Vended lo que poseéis, y haced limosnas”. Pienso que el que por obedecer a este consejo abandona sus bienes, no debe desinteresarse de su haber, sino, por el contrario, hacer de manera que recoja todo como un bien consagrado al Señor, y administrarlo con gran piedad.

NOTAS

(1) *Grandes Reglas*, 5 y 7. -P. G., t. XXXI; col. 919 y 934.

(2) *Epist.* II, 2. -P. G., t. XXXII; col. 228.

CAPITULO IV

Principales virtudes religiosas

III. LA LEY DE FECUNDIDAD

Vencer al mundo y a la Naturaleza por la renuncia bajo todas sus formas, sólo tiende en el ascetismo cristiano a libertar el alma para hacerla más disponible para las obras efectivas de santificación. Si fuera posible una mortificación estéril, sería un contrasentido. San Basilio no se detiene aquí. Es tanto más exigente con la penitencia de la vida del monje, cuanto más comprende que es fecunda en frutos de salud.

I. La plegaria

De todas las obras sobrenaturales la más característica de la perfección cristiana es la que la tradición benedictina ha llamado Opus Dei. Es preciso primeramente establecer el movimiento espiritual del corazón hacia Dios.

Todo momento es propicio a la oración. Así, mientras aplicamos las manos a una obra, sea de boca, cuando es posible —y nada hay más tan útil para la edificación de la fe—, o sea de corazón, loemos a Dios como está escrito por medio de los salmos, himnos y cánticos espirituales, para cumplir, a la vez que se traba-

ja, con el deber de la oración. Demos gracias al que nos ha dado manos para trabajar, inteligencia para aprender, materia para servirnos de útil y ejercer nuestras artes. De esta manera la obra de nuestras manos no tendrá otro fin que agradar a Dios. De esta manera corregimos las divagaciones de nuestra alma desde el momento que en cada uno de nuestros actos pedimos a Dios el fruto de nuestros esfuerzos, agradecemos el habernos dado fuerzas para cumplirlos y tenemos siempre el deseo de serles agradable (1).

Pero no es preciso decir que el monje debe tributar a Dios continuamente sus oraciones. Basilio detalla en el ciclo de las horas canónicas tal como en su tiempo se verificaba.

De que la acción de gracia sea prescrita por la ley (divina) en todo momento, y que la Naturaleza a la par que la razón la muestra necesaria a nuestra vida, no se deduce que haya que descuidar los momentos establecidos en las comunidades. Están escogidos de tal manera que cada uno recuerde alguno de los beneficios que debemos a Dios.

Debe rezarse primeramente por la mañana, a fin de que los primeros movimientos de nuestro corazón y de nuestra alma se ofrezcan a Dios sin emprender tarea alguna antes de habernos con el pensamiento recogido con Dios..., y no poner nuestro cuerpo a trabajar antes de haber hecho lo que dice (el Salmista): “*Te rezaré: Señor, por la mañana; tú oirás mi voz*”. A las tres horas es preciso juntar a la comunidad cuando cada uno anda disperso en sus ocupaciones. En esta hora deben todos recordar al Espíritu Santo venerando en común para hacerse dignos de recibir a la vez su gracia y obtener de él que sea nuestra guía por el camino del bien... Después de esto, apliquémonos de nuevo al trabajo...

A las seis, la plegaria es necesaria, al ejemplo de los santos que dicen: “*Por la tarde, por la mañana y al medio día anunciaré (su gloria) y escuchará mi voz*”. Para escapar del demonio, al medio-día recitamos el salmo XC. En cuanto a la hora novena los mismos Apóstoles enseñan en sus Actos el deber de la plegaria... Al terminar el día demos gracias por los bienes recibidos, o las buenas acciones cumplidas, y confesemos nuestros yerros. Pecados

voluntarios, o no, ora en palabras, ora en actos, ora en pensamientos; todo se expía ante Dios por la plegaria...

Aun al ser de noche debemos rezar para gozar de un sueño reposado, tranquilo y sin pecado; el salmo XC conviene a este momento. Pablo y Silas nos han enseñado la plegaria de media noche. Es preciso, por último, que elevemos al amanecer nuestras plegarias, para no dejarnos sorprender por el día en el sueño. Ninguno de estos momentos debe descuidarse por aquellos que deseen vivir seriamente para la gloria de Dios y de Cristo.

La variedad de los rezos y salmos en las diversas horas del claustro es, a mi modo de ver, muy útil. Por consecuencia de la monotonía el espíritu se acostumbra y cae en la distracción. Por el contrario, la diversidad y la variedad de la composición salmónica de las horas renueva el deseo de sostener la atención.

Basilio conoce también otras formas de la piedad, puesto que habla a sus monjes del respeto que debe rodear la santa comunión o la celebración de la Eucaristía. Se comprende también que la oración mental no le es desconocida, al ver cómo insiste sobre los motivos de distracción, y sobre las causas de que los rezos no sean escuchados. Pero el resultado común de todas estas plegarias debe ser evidentemente prepararnos para la más enérgica lucha contra el pecado, y por ello el ascetismo es el que nos coloca al servicio íntegro de Dios.

II. El trabajo

A la vez que la piedad, Basilio recomienda a los monjes el trabajo.

Desde el momento que Nuestro Señor Jesucristo dijo “*El que trabaja merece que le sustenten*”, el Apóstol nos ordena hacer el bien con nuestras propias manos, para tener qué dar a los indigentes, para los que tenemos que trabajar con ardor. En vez de que la profesión de piedad sea un pretexto para la pereza y nos haga huir del trabajo, es preciso que sea una razón de energía en el esfuerzo, y de endurecimiento en las pruebas. Nada es preciso decir para mostrar lo malo de la ociosidad, puesto que el Apóstol

ha dicho: “*El que no trabaje que no coma*”. Así, tanto como necesite uno alimentarse, tanto debe de trabajar a la medida de sus fuerzas.

El trabajo debe ser conforme a la profesión monástica. Reconociendo que no es posible dar una ley absoluta, Basilio expone un criterio.

En principio, la elección de los oficios propios al monje puede ser de manera que sólo se admitan los trabajos que salvaguardan la paz y la calma de nuestra vida, que no necesitan ningún esfuerzo para procurarse la primera materia, ni muchas dificultades para la salida de los productos y que no produzcan entre hombres y mujeres reacciones indecentes o funestas. Pues el blanco que debemos ponernos es la sencillez y la humildad. Cuidemos de no servir los deseos insensatos de los hombres trabajando en lo que ellos desean.

Así, no sólo la arquitectura, sino la agricultura misma, le parece que causa un poco más movimiento y turbación de lo conveniente. Las admite si no tienen nada de malo para nuestro medio general de vida. Para que dé sus frutos el trabajo debe de estar reglamentado por una estricta disciplina.

En los mismos oficios que se permiten no hay que dejar a cada uno ejercer el que conozca o el que desee, sino aquel para el que demuestra aptitud. En efecto, el que renuncia a sí mismo y se despoja de toda voluntad propia, no hace lo que quiere, sino lo que se le dice. No es lógico dejar la elección de ello al que ha dado a otros los cuidados de su dirección: éstos lo destinan al empleo para el que le juzgaron, en nombre del Señor, más apto. El que escoge su trabajo según su propio deseo se condena a sí mismo. Primero, porque da muestra de voluntad personal; después, porque es llevado a escoger este oficio por vanagloria, por amor al lucro, o cosa parecida, o por pereza de ser trabajo más fácil. Si no conviene que uno mismo haga su elección, como acaba de decirse, es también condenable no aceptar el que se nos impone.

... Es preciso que en seguida cada uno se aplique a su trabajo y se dé a él con ahínco. El pensamiento de que tenemos a Dios

por inspector, debe inspirarnos un ardor infatigable y un deseo atento al bien obrar... No pasemos de un trabajo a otro. Pues nuestra naturaleza no es capaz de muchas cosas, por lo que es preferible hacer una con cuidado que esbozar imperfectamente muchas.

Obediencia y actividad hacen que cada uno ocupe su puesto, y aseguran la marcha de las comunidades.

El Apóstol ha dicho: “*Ocurran todas las cosas convenientemente y en orden*”, y estima que el régimen conveniente y bien ordenado de una comunidad de fieles es el que sigue la ley de los miembros del cuerpo. Que el que haga el papel de ojo, para velar sobre los intereses comunes, diga lo que es preciso hacer. De esta manera cada uno estará en su puesto. Pero es preciso saber que en nuestro organismo se produce daño si uno de los miembros abandona su función, o si no se vale de los otros en las funciones que les encomendó el Creador... Igualmente la negligencia del superior no es sin peligro —por todos será juzgado—, ni la desobediencia del inferior sin riesgos y daños. El peligro sería grande si hubiera escándalo por parte de los otros.

¿No convendrían estos sabios principios a toda la escala social?

III. Obras de misericordia

Por último, los monjes deben distinguirse ante los ojos del mundo por su caridad. Basilio une estrechamente esta obligación a la del trabajo.

No es sólo para castigar nuestro cuerpo para lo que nos es útil la vida laboriosa, sino para practicar la caridad con nuestro prójimo. De esta manera Dios podrá proporcionar por medio de nosotros a nuestros hermanos enfermos lo que les sea necesario, según la forma que nos es dada en los Actos por los Apóstoles. “*Os he enseñado cómo conviene trabajar asistiendo a los enfermos*”. De esta manera seremos juzgados dignos de entender (esta sentencia). “*Venid, benditos por mi padre..., porque yo tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber*”.

San Basilio toma este principio de una manera muy rigurosa, hasta el punto de no admitir más ocupaciones en la vida de los monjes.

Es preciso saber que el que trabaja debe hacerlo, no para cubrir con ello sus propias necesidades, sino para cumplir los preceptos del Señor, que ha dicho: “*Tuve hambre, y me disteis de comer*”. En efecto, el cuidado de uno mismo es recriminado por el Señor. “*Así que no vayáis diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos qué comer y beber? ¿Dónde hallaremos con qué vestirnos?* Por esto al ponerse a trabajar uno debe tener por miras el mejoramiento de los pobres. Por lo que evitará el ser egoísta y recibirá la bendición reservada al amor fraternal.

Para robustecer la caridad Basilio dice que la limosna obtiene el perdón de los pecados. Es de suponer que en este punto había olvidos, porque nuestro moralista se ve obligado a poner en guardia a sus hermanos contra la avaricia.

La avaricia tiene lugar cuando se traspasan los límites de la ley. Y esto sucede, según el Antiguo Testamento, cuando uno cuida más de sí mismo que del prójimo. Está escrito: “*Ama a tu prójimo como a ti mismo*”, y según el Evangelio, cuando uno busca para sí mismo más que lo necesario del día corriente.

Según estos principios se estaría próximo a creer que la caridad es un deber que pertenece a cada uno. El contexto sugiere que se trata de un sentimiento del corazón; por el ejercicio de esta virtud la necesidad es reservada al que después de experimentarla ha soportado la carga. Sus clientes son primeramente los hermanos de las comunidades vecinas, pero la caridad se extiende también a los otros bajo forma, ya de hospitalidad para los viajeros y de limosna para los pobres, o de asistencia para los enfermos.

Un hospicio (ξενοδοχεῖον) está previsto para estos fines en cada monasterio.

Y por ello la vida religiosa representa eminentemente en la Iglesia los que la Iglesia representa en el mundo: el reino de Dios en el amor y el servicio de Cristo, traducido al exterior por el amor y el servicio del prójimo.

NOTAS

- (1) «¿Qué más dulce —escribía a su amigo Gregorio— que imitar sobre la tierra los coros de los ángeles, elevar plegarias al amanecer y cantar himnos al Creador, después, cuando el sol brilla, entregarse al trabajo siempre en compañía de la plegaria, y sazonar nuestros actos con la sal de los cánticos sagrados?» *Epíst.* II, 2. —P. G., t. XXXII; col. 225-228.

INDICE

INTRODUCCION	3
BIBLIOGRAFIA	15
PRIMERA PARTE - Principios Generales	17
I. La Regla de vida	17
II. Nuestros recursos	25
III. Obstáculos y dificultades	35
IV. Método elemental de acción moral	53
SEGUNDA PARTE - Moral Individual	65
I. Educación del sentimiento religioso	65
II. Formación de la inteligencia	75
III. Disciplina de la voluntad	87
IV. Disciplina de la voluntad	101
V. Disciplina de la voluntad	115
VI. Prácticas ordinarias de la vida cristiana	127
TERCERA PARTE - Moral Social	139
I. La familia y la ciudad	139
II. Riqueza y pobreza	147
III. El deber de la limosna	159
IV. El azote de la usura	169
CUARTA PARTE - La perfección cristiana	173
I. Vida común y vida perfecta	173
II. Principales virtudes religiosas	183
III. Principales virtudes religiosas	191
IV. Principales virtudes religiosas	195